

EL VINO Y EL BANQUETE EN LA EUROPA PRERROMANA



**Carlos Sanz Mínguez
Fernando Romero Carnicero
(editores)**

EL VINO Y EL BANQUETE EN LA EUROPA PRERROMANA

Carlos Sanz Mínguez
Fernando Romero Carnicero
editores

El vino y el banquete en la Europa prerromana

Vaccea Monografías, 2

Valladolid, 2009

© De los textos: los autores

Primera Edición: 2009

Segunda Edición: 2010

Edita: Centro de Estudios Vaceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid

Colabora: Protos Bodegas Ribera Duero de Peñafiel

Maquetación y diseño: Centro de Estudios Vaceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid y Eva Laguna Escudero

Impresión: Ochoa Impresores

ISBN: 978-84-7359-550-6

Depósito Legal: VA-610/2009

EL SIMPOSIO GRIEGO UNA PRÁCTICA SOCIAL ENTRE IGUALES*

RICARDO OLMOS

Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, CSIC

Mi texto nos aproximará a algunas imágenes del simposio griego, especialmente el ateniense de época clásica. El hilo conductor será, principalmente, la cerámica ática del siglo V a. C., donde encontramos innumerables narraciones entresacadas de la vida cotidiana referidas al consumo y a la fiesta del vino así como del mito y leyendas relacionadas con las divinidades y los héroes de la bebida.

Muchos de estos vasos habían sido concebidos para el simposio ciudadano, que celebraban la alegría de tantas reuniones, principalmente masculinas, que dilataban el tiempo de un vino compartido. Una primera lectura nos permite conocer, como en un relato gráfico, el ambiente de esas fiestas y los usos y protagonismo del vino.

Pero la mayoría de estas escenas se han encontrado fuera del Ática, ámbito artesanal donde se produjeron, y su procedencia es sobre todo el espacio de las necrópolis más diversas. Pueblos de todo el Mediterráneo adquirían estos prestigiosos vasos áticos, con decoraciones y escenas tan atractivas, y los depositaban finalmente en sus tumbas. Hay una fascinación irresistible ante la poderosa imagen y su capacidad comunicativa. El doble sentido, individual y social, de la bebida se transforma y continúa en la muerte. Sabemos que el banquete de los *áristoi*, los mejores, se prolongaba en el espacio bienaventurado del allende. Se suponía que en el más allá el noble difunto podría disfrutar de una bebida inagotable, envuelto en la transformación del vino y de una bienaventuranza duradera que tenía lugar en compañía de sus amigos, de la con-

* Trabajo realizado dentro del proyecto de investigación “La construcción de la naturaleza desde el poder: imágenes de la Grecia arcaica y clásica”, del Plan Nacional I+D+I (HUM 2005-00213).



Escena de simposio. Conversación amorosa entre adulto y joven con lira en la mano, ambos recostados en el lecho del banquete. Hacia 480-470 a.C. Tumba del Tuffatore, Museo de Paestum.

versación amable, y en los atisbos del amor y de la música. La bebida al mismo tiempo que acompañaba protegía. La imagen, casi mágicamente, reproduce la realidad, atisba la verdad y la traslada a espacios imposibles, como el allende. Fiesta y muerte... Muchas de estas escenas proceden de tumbas aristocráticas del Sur de Italia (o Magna Grecia) y de Etruria. Algunas se han hallado en tumbas ibéricas del siglo IV a. de C., donde suponemos una similar percepción mediterránea.

Conversar en la bebida, prolongar el estado anímico de la euforia compartida del vino es el ideal que el aristócrata traslada a la famosa Tumba del *Tuffatore* o Zambullidor, en Paestum (Campania). En las las-tras se muestra el acceso del difunto privilegiado que se inicia en el ámbito de la muerte acompañado en los lechos convivales por sus iguales, los Mejores. La pintura, de vivos colores, destaca la reunión festiva en ese nuevo *andrón* simposiaco, espacio de conversación y de amistad erótica que es la tumba. Finalmente, el joven difunto se inicia en el reino de la muerte saltando desde un trampolín para sumergirse en las olas del mar occidental y acceder al nuevo ámbito de un banquete bienaventurado e ininterrumpido.

Pero, por si acaso ese más allá de la esperanza humana no fuera más que una mera ilusión -¿quién sabe?-, ha de ser en la vida cuando hay que acechar el instante del gozo. La presencia atenta de la muerte estimula el disfrutar del instante que se escapa, invita al *carpe diem*: “Bebe y emborráchate conmigo, oh Melanipo. ¿Por qué piensas que cuando cruces el torbellino del Aqueronte, verás de nuevo la clara luz del día?”, le inquiera en Lesbos el poeta Alceo a su amigo Melanipo en las confidencias del banquete.

El simposio o bebida en común implica la comunicación entre los comensales, regulada en torno al vino y sus prácticas sociales. La bebida se prepara con cuidadas normas que establecen las proporciones precisas de agua y vino con que han de mezclarse, lo que exige experiencia y cuidado. Los vinos se transportaban en odres y en ánforas y se vertían para su mezcla en los grandes recipientes llamados cráteras, que significa, etimológicamente, mezcladores. Ya en la sala del banquete el presidente de mesa decidía las proporciones precisas de vino y de agua de las mezclas. Allí están los pequeños criados, los esclavos niños que pertenecen a la casa, atentos a las órdenes del simposiarco:

“¡Ea, niño, acércanos la crátera, para que pueda ofrecer la bebida y beber sin tomar respiro. Vierte diez medidas de agua y cinco de vino, de modo que logre sentirme un seguidor báquico, pero sin excederme”.



Joven desnudo introduciéndose en una gran tinaja de vino. Medallón de una copa de figuras rojas del Pintor de Evérgides. Finales del siglo VI a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto cortesía del Museo.

Es un canto simposíaco de Anacreonte, poeta de la bebida y del amor irrecuperable en la corte del tirano Polícrates de Samos. Hay que gozar de los sentidos, sentirse transportado, sin traspasar los límites, que es siempre todo exceso, la peligrosa *hybris* que los dioses castigan. Los secretos de la medida, la adecuada mezcla del agua y del vino, la sabiduría y el gozo compartidos... Alcanzar un cierto conocimiento, sentir en los estímulos del vino los raros atisbos de la verdad: “vino, oh querido niño, y verdad” (Alceo, fragmento 366 de Lobel-Page).

Hubo una cultura muy precisa y desarrollada del vino en Grecia. Beber el vino sin mezclar era propio de bárbaros que, desconocedores de las normas civilizadas, bebían mal, sin orden ni concierto, con ruido, precipitación y desmesura. A veces el alboroto de la bebida llevaba a las armas y a la guerra. El gozo tal vez esté en medirse y saber aguardar.

¿Por qué correr y precipitarse como hace, lleno de ansia, el joven o niño desnudo de esta copa de figuras rojas que se arroja a la gran ti-



Escena de banquete con tres simposiastas jóvenes. El del centro toca el aulós. Cratera de columnas de figuras rojas. En torno al 460 a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto cortesía del Museo.

naja o *pithos* semienterrado en el patio de una casa griega?. Una inscripción junto al borde del vaso declara su deseo imperioso, sin rodeos: “*Nai!*”, “¡claro que sí!”. Alguien acaba de afirmar una decisión con un grito. ¿Se afirma solo en esta escena la belleza del *niño* desnudo? O, ¿no será el mismo recipiente el que reclama, dotado de voz seductora, al hombre? El bebedor queda atraído por el misterio del interior oscuro que le aguarda y le atrapa. Si quisiera, podría muy bien ahogarse en vino, enterrarse en su atractiva negrura, como hacen los sátiros, expertos en despropósitos y desmesuras. El buen simposiasta tendría en esta copa en sus manos, y al acercarla a sus labios entrevería la imagen del abismo. Seguramente el incierto episodio le divierte y lo comenta. Acaso le atrae, como toda tinaja que sirve para esconderse y sumergirse en esos espacios secretos y fecundos que trascienden el marco circular y limitado de la copa y nos llevan a un más allá no dibujado. No sabemos si la escena le sirve al bebedor de modelo, advirtiéndole que él también ha de medir sus fuerzas. ¿O, al contrario, es un estímulo a la bebida enloquecida? ¿Es el sirviente o *niño* que atiende a los comensales, al que se representa en una travesura que sirve para mostrar, con cierto detalle erótico, sus ge-

Detalle del friso de la cratera de la figura anterior. Foto cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Madrid.



nitales? ¿Quién podrá hoy decirnos los comentarios que les sugerían a los atenienses del siglo V imágenes como ésta? Sea como sea, la escena está llena de humor, basado en la exageración, en los presumibles riesgos, en el misterio de la cavidad inmensa. En definitiva: en afirmar, junto con la belleza y atracción efébrica, el vino de la transgresión y la desmesura. Eso le ocurre a los otros, podría ser mi otro yo, -ese yo oscuro que es el sátiro- pudo pensar el simposiasta. ¿La imagen enseña, advierte o estimula? ¿O, simplemente, muestra? ¿Qué quiere decirnos el pintor de esta copa a nosotros, su público?

El espacio del simposio griego es, principalmente, de varones. Hemos hablado del presidente de sala, que invocará la protección de los dioses antes de comenzar la bebida y también en la despedida cortés, al concluir. Criados y niños atienden órdenes y trajinan con cráteras y con ánforas, con cazos que mezclan, miden y sirven el vino, traen y llevan vasos refrigeradores, llamados *psykteres*, que flotarán en el agua he-



Una flautista toca el aulós ante cuatro simposiastas recostados. Tercer cuarto del siglo V a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto cortesía del Museo.

lada que contienen las grandes cráteras. Conseguir hielo en una calurosa tarde griega... ¡qué privilegio el de ese día!

Una bellísima escena de una crátera de columnas de un vaso del Museo Arqueológico de Madrid, muestra a tres jóvenes comensales recostados en sus lechos de blandos cojines, coronados con cintas de lana. Uno de ellos suena el *aulós* en el centro del *andrón* o sala de la fiesta de los varones. El compañero de la izquierda eleva la mirada al cielo, en la posesión del éxtasis o ensoñación ante la doble sugestión del vino y de la música. Pero el tercer compañero gesticula con viveza de gestos, fascinado ante la riqueza de todos los vasos del vino, vajilla perfecta —no ha de faltar nada— dispuesta en orden preciso delante de los lechos: la cratera para las mezclas; la pélice oblonga con el vino; la jarra de alta asa, en un extremo; los diversos vasos hondos bien repartidos; y en el centro, colgado del mismo lecho, el cazo de largo mango que distribuirá las medidas y ritmos de la bebida. De clavos de la pared del fondo del *andrón* cuelgan la copa de dos asas y la funda de piel moteada para proteger los dos tubos del instrumento de música, el *aulós*. Es

Detalle del friso de la crátera de la figura anterior. Foto cortesía del Museo Arqueológico Nacional, Madrid.



una escena perfecta que muestra dos vertientes, dos movimientos diversos y casi contrapuestos del alma en el espacio único de la bebida: la evasión ensoñadora hacia otros mundos superiores, en un comensal; y la admiración ante la abundancia y lujo, que anuncian el gozo continuo de la bebida, en su segundo compañero, que contempla el despliegue terrenal del ajuar de la bebida.

Simposiasta corriendo por el espacio de banquete con dos copas en sus manos. Medallón de una copa de figuras rojas del Pintor de Londres E2. hacia 500-490 a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto cortesía del Museo.

Pequeños ayudantes disponen el servicio de las copas, generalmente provistas con dos asas, para que circulen prestas de mano en mano entre los comensales. Pues la participación del vino es metáfora de la norma aristocrática y de la educación ciudadana, se configura como un ideal de comportamiento y de bienestar colectivo. Compartir vino es compartir creencias, palabras y canciones, discutir convicciones políticas y aludir a experiencias amorosas. Compartir vino es, como lo fue para el poeta Alceo, compartir la fidelidad y el candor de la amistad entre



los compañeros: “*oinos gar anthropou díoptron*, “el vino, un medidor del interior humano” (Alceo, fragmento 333 Lobel-Page), pues la dioptra medía los ángulos y profundidades de los edificios y las cosas. Pero el simposio es también un lugar para establecer límites y no trasgredir fronteras, para practicar usos buenos y ordenados del vino, y para mostrar los estragos, los excesos que enturbian el gozo y el bienestar de la bebida.

La práctica del simposio forma parte del ocio aristocrático y de la fiesta ciudadana y requiere generalmente la disposición de una sala específica, el *andrón*, cuyo espacio se distribuye con lechos convivales, sometidos a normas y precisas jerarquías. Delante de los lechos se disponen mesitas auxiliares de tres patas. Sirven para dejar las copas y se disponen con alimentos, generalmente pastelillos que podemos ver decorados con colores blancos en multitud de imágenes áticas del siglo V. Coronas vegetales decoran las paredes de la sala y las sienes de los comensales. Nos indican que estamos en el espacio sagrado de una fiesta. La naturaleza, olorosa y verdeante, se introduce en la habitación simposiaca. Allí, en las ramas floridas, está presente también el dios.

Se bebe recostado y la disposición en el lecho suele ordenarse jerárquicamente: la edad es uno de los criterios. Hay un encuentro de jó-

Dos danzarines o comastas afrontados en un ritual festivo. Copa ática de figuras negras, del Pinotr KY, en torno al 570 a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto cortesía del Museo.



venes y adultos, de aprendizaje y de experiencia. El adulto, generalmente barbado, ocupa la cabecera del lecho. A su lado, el joven. A veces los encuentros son solo entre jóvenes, como en la cratera del Museo de Madrid que aquí reproducimos. De pie pasan las mujeres, para servirles y entrenarles con el sonido vivaz del *aulós*, una especie de oboe de tubos dobles. En la sala del banquete se construyen espacios de sexualidades diversas.

No todo es orden en este mundo de la bebida. Un varón barbado corre con sendas copas en sus manos en el medallón de una *kylix* ática del Museo de Madrid. Por su movimiento presuroso presumimos que ambas copas deben andar ya vacías. El hombre mira hacia atrás en esa especie de huida. Forma parte del tumulto, de ese desorden en que tantas veces concluye la bebida.

Al modelo ordenado o desordenado ciudadano se contraponen el campo, la naturaleza. El aire libre puede acoger igualmente la bebida. Cabe beber y reposar en lechos al aire libre, bajo emparrados de vides que brindan sombra y frescor, al cobijo de la naturaleza que preside Dioniso. El dios otorga el don de la vid, propicia la producción del vino, la cosecha y el pisado de las uvas en el marco de las fiestas del otoño.

Algunas imágenes describen el maravilloso don que un dios benefactor como Dioniso concedió a los hombres. Pero el don generoso hay que transformarlo, trabajarlo, convertirlo en un bien humano. La transformación en vino en el lagar requiere esfuerzo físico, tiempo y conocimiento, *techne*. Naturaleza engendradora y fecunda y trabajo humano se distinguen con claridad y tienen su reflejo en el reino del mito. La recolección anual se acompaña de música y de danzas que no pocas veces los sátiros, sirvientes de Dioniso y amantes incontrolados del vino, realizan en esa aportación u ofrenda mítica que es la bebida. La fiesta de la recolección será también un encuentro religioso de la ciudad y el campo, un pacto que festejan cíclicamente los hombres, cuando se traban las relaciones con la naturaleza y con el territorio que pertenece a los dioses: se convoca a Deméter para el don de los cereales, a Dioniso para el regalo de la vid.

Una copa ática de época muy temprana, de hacia el 570 a. C., nos muestra a dos bebedores, uno joven, imberbe, y otro, barbado, adulto. Suponemos, junto con la iniciación del joven, una transmisión de experiencias. El varón barbado danza con un cuerno de bebida en la mano. El joven le observa e imita. Tal vez se introduce en la danza y en la fiesta



Máscara frontal de Gorgona. Medallón de una copa de figuras negras. Inscripción con la firma del alfarero Pamfeo: “Pamphaios m’epoiesen”, “Pamphaios (Panfeo) me hizo”. Hacia 520 a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto cortesía del Museo.

y él quiere también alcanzar y poseer un día su propio cuerno de bebida. Ambos elevan brazos y piernas en un gesto que parece propiciar mágicamente la exuberante vegetación que les rodea. Es la bebida agreste, no del todo la ciudadana: el vino lo contiene un vaso arrancado a la naturaleza –un cuerno animal- que al no poseer asas no puede intercambiarse ni compartirse fácilmente. Es un vaso egocéntrico, egoísta. No pertenece aún al simposio recostado, compartido, el más regulado de las palabras y las anchas copas con dos asas. ¿Hay algo de certamen en esta escena? No lo sé de cierto pero sí puede haber una enseñanza, un modelo, una relación entre el adulto y el adolescente que se inicia. Pero, sobre todo, hay una relación íntima entre el vino, la danza viva y la eclosión vertical y mágica de la naturaleza.

Hemos ido viendo cómo el simposio es un espacio de comunicación entre diversas esferas de la vida. El mundo oscuro de los espíritus está también presente. Hay que ahuyentar a los démones, a los monstruos que merodean en el ámbito transformador del vino y hasta en las propias tumbas. La mirada fija y descarada, protege y ahuyenta y, por tanto, puede salvarnos. La máscara sustituye al bebedor y lo transforma:



Dos heteras desnudas. Una toca el aulós, la otra le ofrece una copa y le invita a beber con estas palabras: “¡Bebe tú también!”. Pintor Oltos. Hacia 520 a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto cortesía del Museo.



copas y jarras se transforman en máscaras vivas, antropomorfas, con grandes ojos que doblan y amplifican la personalidad del bebedor. A veces es la Gorgona terrible, barbada, a la que miramos y la que, sobre todo, nos acompaña y nos mira. Al mirarse en estas copas durante la bebida, puede el simposiasta reencontrar su otro yo y atisbar con espanto

que esos ojos ajenos también a él le vigilan y le miran con mueca abismal. Somos nosotros, nuestro yo desordenado en el que también en ella, desde ella, se refleja.

Las cintas y las coronas vegetales ciñen a los comensales y establecen un vínculo entre ellos y los propios dioses. Señalan el ámbito de la fiesta. En Atenas los bebedores pasarán de mano en mano, además de la copa, el ramo de mirto para cantar a los viejos poetas. Pues el simposio es, además, espacio poético y musical en Grecia. La lira de brazos alargados y el *aulós* o doble “flauta” acompañan la marcha regocijada de los simposiastas al banquete por las calles de Atenas. Los sonidos de ambos instrumentos podrán marcar el ritmo de la poesía y el éxtasis del vino en los lechos compartidos. El simposio es lugar de encuentro entre modos musicales diversos: hay una ética, un comportamiento en la poesía y en la música. La música del banquete es también iniciación y pedagogía.

El simposio es espacio de actividad política, lugar eventual de conspiración, y siempre de memoria heroica. De un banquete en la Atenas del siglo VI salieron los conjurados, Harmodio y Aristogitón, que

Simposiasta recostado jugando al kóttabos. Medallón de una copa de figuras rojas de Epiktetos. Años finales del siglo VI a.C. Museo Arqueológico Nacional, Madrid. Foto cortesía del Museo.



Dioniso navega en un mar de vino. Milagro de la nave convertida en vid. Medallón de una copa de figuras negras modelada y pintada por Exequias. Hacia 530 a. C. Museo de Antigüedades de Múnich (Antikensammlung in München). Según un dibujo de Karl Reichhold, de finales del siglo XIX.

atentaron contra los hijos de Pisístrato, los tiranos en Atenas. Muchas generaciones de simposiastas rememorarán luego aquella hazaña con canciones y con vino embriagador. Conocemos los ecos y voces de aquellos poemas: “En una rama de mirto llevaré la espada, como Harmodio y Aristogitón, cuando dieron muerte al tirano y establecieron las igualitarias leyes en Atenas”. La corona de mirto del simposiasta esconde el arma liberadora.

El banquete es, pues, espacio de los encuentros más diversos, entre ellos el de la comunicación amorosa, que en el simposio griego será principalmente homoerótica aunque también heterosexual. No se concibe el simposio sin la presencia de Eros, que allí revolotea. Amor aris-



tocrático al que se canta con palabras. *Kalós*, “bello, hermoso” es el adjetivo que conviene al ideal del simposiasta y a la juventud de los cuerpos. Pero también las heteras acceden a la bebida, que acompañan con palabras y con su cuerpo vestido o desnudo: entretienen a los comensales, tocan el *aulós*, beben, juegan y exclaman como los varones; se incorporan al privilegio de la bebida, son objeto de deseo. “*Pine kai sy*”, “Bebe tú también” le dice una hetera, recostada como los varones en el lecho del simposio, sobre cómodos cojines, a su compañera la flautista, en la imagen de una copa del pintor Oltos en el Museo Arqueológico de Madrid. “No trabajes tanto y diviérte como ellos”, parece indicarle en su complicidad de género y de status social. Han encontrado un momento para disfrutar, como los hombres, del vino y furtiva o descaradamente lo aprovechan. Ambas son cómplices en este instante de gozo propio. Pues generalmente han de servir a los varones sin miramientos que, recostados en los lechos, las esperan.

El banquete es también espacio lúdico, lugar de certámenes y de juegos, ligados a la poesía y a la competición de los varones. Las imágenes áticas abundan en el famoso juego del *kóttabos*, cuando los dedos de los simposiastas giraban con rapidez la copa llena de vino para lanzar bruscamente las gotas del líquido hacia una meta sonora. El medallón de una copa de figuras rojas de Madrid narra la sucesión temporal de este juego, los sucesivos intentos del simposiasta. El varón barbado está absorbido por esta actividad, que le ocupa afanes y tiempo. Recostado en los cojines del lecho, mira atento hacia delante, fijando sus ojos en la meta que nosotros no vemos. A ella dirige un nuevo intento. Gira veloz con sus finos dedos el asa de una copa, para ver si esta vez lo consigue. En su otra mano tiene otra copa para repetir, por si falla, el ensayo. Ha de lograrlo. Una tercera copa, sobre la mesita, delante del lecho, está ya preparada, por si acaso. Y el ánfora llena de vino, reposa al fondo, pues el juego puede prolongarse. La pasión del juego es el tema de la copa. Una inscripción podría indicarnos que el bebedor-jugador ya lo ha logrado. Se acompaña, parece, de una exclamación. Tiempo, pues, largo, fundido de esperanza, de deseos y, finalmente, de triunfo y grito báquicos.

Y, finalmente, el reino del mito. En el simposio están también presentes los dioses, que participan del vino. Se les invita con libaciones propiciatorias, las que preceden y despiden todo buen uso de la bebida.

Y, siempre, la presencia inagotable y expansiva de Dioniso, que con la facilidad de los dioses inmortales gobierna su reino, el don del vino. Dioniso, recostado en el lecho de su nave-viña, es dios que navega sobre un mar de vino, modelo del simposiasta que pretende, como el dios, navegar suspendido en beatitud hacia ultratumba. El mástil del propio barco es vid fecunda que mágicamente desborda en racimos. Una maravillosa copa de Múnich, del Pintor Exequias, describe la epifanía del dios en el mar, vencedor de los piratas tirrenios que quisieron secuestrarlo. Dioniso los venció sin esfuerzo mediante el prodigio de su manifestación. Navega en el mar vinoso, allí donde el rojo del fondo de la copa iguala el paisaje del cielo y del agua, fundidos en uno. El barco navega solo, sin esfuerzo humano. Las velas blancas se hinchan por la favorable brisa divina, el doble timón orienta el rumbo sin nadie que lo gobierne. Dioniso, ceñido de hiedra, está recostado en la nave, como si fuera igualmente el lecho del simposio y del triunfo. Es señor del mar de vino. En derredor del barco florido saltan los delfines. La copa refiere un episodio preciso de la vida del dios, evoca un fragmento elegido de su himno sagrado. Escuchémoslo:

“Por la rauda nave negra comenzó a borbollar un oloroso vino dulce de beber y emanaba un aroma de ambrosía (...). En seguida, por lo más alto de la vela comenzó a crecer una viña de parte a parte y de ella pendían numerosos racimos”.

Aterrorizados ante la epifanía del dios “los piratas saltaron todos a la vez por la borda, hacia la mar divina, y se tornaron en delfines”. (*Himno a Dioniso*, traducción de Alberto Bernabé, 1978).

Este es el dulce canto que narra la imagen de Dioniso sobre este mar rojizo, de color de vino.

Bibliografía

- CABRERA BONET, P. (ed.) (2003): *La colección Várez Fisa en el Museo Arqueológico Nacional*, Madrid.
- ISLER-KERÉNYI, C. (2001): *Dionysos nella Grecia arcaica. Il contributo delle immagini*. Pisa-Roma.
- LISSARRAGUE, F. (1987): *Un flot d'images: une esthétique du banquet grec*. Paris.
- MURRAY, O. (ed.) (1990): *Symptotica. A symposium on the Symposium*. Oxford.
- MURRAY, O. Y TECUSAN, M. (1995): *In vino veritas*. Oxford.
- SCHÄFER, A. (1997): *Unterhaltung beim griechischen Symposium. Darbietungen, Spiele und Weltkämpfe von homerischer bis in spätklassische Zeit*. Mainz.

Indice

7

Presentación

11

Los orígenes de la viticultura y del consumo de vino

Elisa Guerra Doce

35

El simposio griego. Una práctica social entre iguales

Ricardo Olmos

53

Banquete y mundo funerario entre los etruscos

Santiago Montero

67

Vino, banquete y poder en la Europa centro-occidental (siglos VI-V a.C.)

Patricie Brun

81

Vino, ritual y poder en el mundo céltico

Francisco Marco Simón

93

Banquete y consumo del vino en la Galia a finales de la Edad del Hierro

Matthieu Poux

113

La recepción del vino en Tartessos

Sebastián Celestino Pérez

125

Producción y consumo del vino entre los iberos

Fernando Quesada Sanz

143

Del banquete y la bebida en la céltica del Suroeste

Luis Berrocal-Rangel

159

Consumo y producción de vino entre los celtíberos del Alto Duero
Alfredo Jimeno Martínez

173

El origen del vino en el valle medio del Ebro
Francisco Burillo Mozota

193

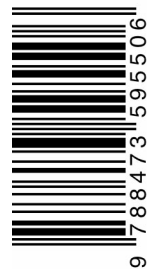
Huellas del consumo del vino en las necrópolis vettonas
Jesús Álvarez-Sanchís

213

Los inicios del consumo de uva y ¿del cultivo de la vid? en Cauca vaccea
J. F. Blanco García

225

El vino entre las élites vacceas.
De los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo
Fernando Romero Carnicero, Carlos Sanz Mínguez y Cristina Górriz Gañán



Universidad de Valladolid
Centro de Estudios Vacceos
"Ferdérico Wattenberg"

